

24 de enero de 1958, Montevideo, MARCHA N° 897.  
Pp. 20-23.

EL “ENSAYO” DE CARLOS RAMA

### La Sociología Nacional: un Tema Verde

Parecería que cierta desaforada voluntad de autonomía, y un no menos desaforado imperialismo, presidiera el curso de todas las disciplinas científicas de nuestro tiempo. Beneficiándose de la multiplicidad caótica de valoraciones, aprovechando (sobre todo) la falta de una clasificación indiscutida de las ciencias, cualquiera de éstas quiere serlo todo. Las zonas de lo real más modestas y las más extensas, los métodos más originales y los menos identificables pretenden ser el núcleo de “ciencias” autónomas. Y como para hacerlo tienen que anexarse todas las ciencias fronterizas (y aun algunas distantes) y como éstas, teniendo en cuenta el trabajo intenso del conocimiento, son tan numerosas, el resultado fatal es una desmesura. Ninguna época histórica tuvo más ciencias que la nuestra y ninguna más mal, más deficientemente delimitadas.

Para poner un ejemplo, a muchos cercano: piénsese en las distintas ramas del Derecho. Si el Derecho Fiscal, por caso, o el Derecho Laboral reclaman urgidamente su autonomía ¿qué pretensiones no tendrán las corrientes más específicamente especulativas que incidan en el centro, en el meollo de las preocupaciones de nuestro tiempo? En el siglo pasado (ya) la ambición cosmológica amasó esas síntesis inextricables de física, historia, química, biología y metafísica que agobiaron a nuestros abuelos; que hoy parecen paquidermos de una edad sumergida. Hoy, la preocupación, no ya por el mundo, sino por el hombre y la sociedad está produciendo similares leviatanes. Y si en la “antropología”, el embrollo de la “antropología social”, la “filosófica” y la “cultural” está lejos de ser despejado, en la sociología la confusión, las ilimitaciones, los anexionismos, las contaminaciones son mucho más graves.

Pero entiéndase bien: estas reflexiones parten de la legitimidad radical de una sociología cuyo objeto y cuyos métodos permanecen menos discutidos de lo que se cree. Parten también (entre otras cosas) de que la curiosidad inaplazable por lo social no es (por sí) sociología; parten de la idea de que en cualquier ciencia, sólo los límites –como decía Gide– son los que fortifican. La sociología es método y es sistema que no cabe confundir con tres o cuatro opiniones distraídas sobre la sociedad; que no cabe asimilar a cualquier enfoque –histórico, ideológico o práctico– de la sociedad. Y esto se olvida demasiado.

## II

Al margen de características más peculiares, el libro reciente del Profesor Dr. Carlos Rama: *Ensayo de Sociología Uruguaya* (Medina, 1957, 400 pps.) entra, pese a sus evidentes méritos, en este diagnóstico genérico de peligros.

Sociologista entusiasta (además de sociólogo), Rama parte de la creencia básica de que “lo nacional” (lo uruguayo, específicamente) es un objeto redituable de investigación y que una “sociología nacional”, en suma, es válida y es posible.

Consciente, es probable, del escaso curso de estas tareas en la sociología europea (no conocemos una “sociología francesa” o “italiana” o “alemana” que sea otra cosa que la revista de las doctrinas sociales originadas en cada país; no conocemos ninguna que se proponga agotar, ni lejanamente, la realidad social de cada uno) Rama recurre a dos tipos de fundamentos. Uno parece práctico y en suma prescindible: la existencia de una cátedra y una materia de “sociología nacional” en los planes de estudios de alguna Facultad es de por sí suficientemente legítima en cuanto postula un examen sociológico de la realidad nacional, conveniencia entre cuyos objetores no nos contamos. Pero, y aquí el matiz es importante, este estudio: iterativo, fecundo, inagotable ¿hasta dónde importa otra cosa que un “área” elegida por necesidad pragmática nacional y hasta dónde llega a ser una disciplina (rama o sector de ciencia) que posea un mínimo de legalidad interna, y posea (si cabe la analogía) “personalidad”? Rama apela entonces a los antecedentes argentinos de Ingenieros y Raúl Orgaz, exponiendo las ideas de ambos. Pero lo que Rama no dice es que ninguno de los dos cumplió con el programa de una “sociología argentina”. Ingenieros, en su libro, se limitó a una recapitulación histórica del pensamiento social argentino (Sarmiento, Bunge, Ramos Mejía, etc.) que parece un complemento a su obra histórica capital sobre “Evolución de las ideas argentinas” al que adosole, es cierto, un breve capítulo sobre el desarrollo histórico nacional buscándolo explicar, sin muchas pretensiones, con su característica y confusa amalgama de biología y economía.

Raúl Orgaz, por “sociología argentina” produjo un estimable ensayo: “Sinergia Social Argentina” en el que estudia el período colonial desde las estructuras estáticas y los factores dinámicos (muy lejos así de una sociología nacional comprensiva). El resto del volumen de Orgaz está ocupado por sus excelentes estudios sobre Romanticismo Social, tema con el que cumple, como en el caso anterior, con un tino y una agudeza muy superiores a las de Ingenieros.

### III

Pero aun así, aun sin precedentes y trabajando sobre terreno tan tremendamente movedizo e inexplorado, siempre quedaría (siempre queda) la posibilidad del examen sociológico de una realidad (la nacional en este caso) en su variedad casi ilimitada de aspectos. Un examen que presentara una sociedad nacional, en enfoques parciales, y no pretendiera convertirse en Sociología Nacional confundiendo método y materia y parte con todo. Una serie de estudios diversos podrían irse así ensamblando y enriqueciendo mutuamente, aunque la insoslayable existencia de realidades sociales no exploradas harían siempre jactanciosa la declaración de un resultado que fuera “la realidad social” del país y (aún más) la cohesión de una disciplina especial que fuera su “sociología”.

Aceptado este camino, resultaría que varios requisitos habrían de llenarse. Y primero (parece) el de una gran discreción. Rama pone como posibilidad, la de que un sociólogo pueda *en un mapa antiguo escrito en latín* (p. 360) descifrar algún *principio sociológico*. Aventuremos que ya sería bastante que se supiera extraer, de ese u otro material, algún *significado* sociológico. La segunda condición sería, obviamente, la multiplicación de enfoques temáticos. Sin querer extremar su ambición, una “sociología nacional” que sea algo más que un rótulo debería cubrir el examen de los problemas más inmediatos y más visibles, apuntando al mismo tiempo a las conexiones que señala en su espesor la realidad misma (en su estructura sistemática), la ciencia con que la trabaja.

Como Rama tiene conciencia (aunque no suficiente) de los límites de su libro (y no en vano lo titula “ensayo”) sería casi ocioso recapitular la gravosa cantidad de temas, candentemente sociológicos, que están ausentes de la obra. Falta, por ejemplo, una sociología de los partidos políticos (de su composición, funcionamiento, estructuras), toda sociología cultural y, en puridad también, una sociología de la educación que vaya más allá del análisis cuantitativo de gastos, asistencias y deserciones. La sociología rural, ya estudiada por Solari y por Vidart, sólo se presenta en rápidas generalizaciones, aunque Rama reconoce lo inevitable de su planteo en cualquier análisis social del país (p. 12). Falta incluso una sociología del deporte y de las recreaciones populares, tan esencial para cualquier comprensión de nuestro pueblo y también exámenes metódicos mínimos de los aportes inmigratorios y de los mecanismos de formación de la opinión pública. El gran factor dinámico que fueron nuestras guerras civiles sólo está rozado en el momento de su clausura. En la visión histórico-genética no hay nada anterior a 1851 y aunque, como lo hemos dicho alguna vez, la perspectiva desde la que trabajamos hace que tengamos ante nosotros más realidades posteriores a esa fecha que realidades del período artiguista, póngase el caso, es obvio que el país no comienza en 1851. El capítulo III sobre los factores físicos es más una discusión teórica que el planteo mismo del tema, de pobreza sorprendente, no sólo si se le contrasta con Chebataroff o Vidart sino, más modestamente, con cualquier testimonio de viajero o cualquier texto usual. Falta, por último, un estudio cabal de las clases sociales, su origen, desarrollo y medios de acción (“los grupos de presión”, entre otros, crecientemente importantes). Tema el más “sociológico” de todos, las aportaciones de Grompone, Frugoni, Solari, el mismo Rama y Sergio Ribeiro en la revista “Ceipa” son valiosas, pero exigen armonización y complemento. Parece probable que nada serio pueda realizarse ante la realidad social nacional hasta que este examen esté medianamente cumplido.

Con tantos vacíos, y aun sin ellos, las conexiones de que se hablaba no están en el “Ensayo” de Rama sistemáticamente buscadas. Y cierto rasgo característico: la heterogeneidad de materiales, dificultaría la tarea si, una segunda mano, lo intentara. Pero aquí, como por otros caminos, la conclusión provisoria tiene que ser la misma: antes de ponerse a hacerla, las distintas posibilidades teóricas de una Sociología Nacional deben discutirse más pausadamente.

#### IV

Ha debido tropezar Rama, y esto hace sin duda meritorio su esfuerzo, con la escasez de materiales preparatorios de tipo nacional. Y se ha encontrado, naturalmente, con que los más abundantes eran los que la historia le brindaba. El autor registra la condición, juiciosamente planteada por Orgaz, de *trasmutar en fórmulas sociológicas los datos de la historia* (p. 20). Su actitud metódica, empero, ha oscilado entre utilizar la historia directamente, esto es, sin trasmutación alguna o buscar, a veces, *la quinta esencia de los datos de la historia* (p. 359) de que habla Ingenieros. Es dudoso, de cualquier modo, si tanto una como otra postura cumple con el correcto uso del método histórico en sociología, que Rama preconiza (p. 11). Porque si la primera es sólo histórica pura, y no sociológica, la segunda (también) para en una generalización anodina que puede ser “filosofía de la historia” en el sentido vulgar, pero que no es historia ni sociología. Si el dato histórico no lo elabora la sociología con perspectiva y técnica distintas, el resultado

merecerá difícilmente el nombre a que aspira. Y, ya sea estudio de regularidades contra estudios de diferencias; estudio de generalidades contra estudio de singularidades; estudio de constantes contra estudio de variaciones, muchas cosas pueden hacerse (y obtenerse) y todas constituir una vía transitable e inicialmente legítima. Pero cualquiera de ellas hay que seguirla con fidelidad, con método en suma.

En cambio, si cualquier camino se recorre azarosamente ocurren infelicidades diversas. Ocurre que el planteo se golpee contra los límites de la sociología misma. Ocurre que vague en los lindes de la historia. Y ocurre que la heterogeneidad de materiales que encubre esterilice los aciertos parciales de cada una. Pero estas cosas hay que decirlas con ejemplos.

En uno de los capítulos más puramente sociológicos del libro: el XI, sobre Sociología de la Educación, Rama aspira a llegar a conclusiones irrefragables, que enuncia, sobre la política educacional del país. Lo hace en base a elementos puramente cuantitativos: número de asistencias, de escuelas, de maestros, índices de deserción escolar, cifras presupuestales. Parece obvio, sin embargo, que un programa de solución del problema educacional tan abundantemente paragrafado como el suyo tendría que salir de datos que no son exclusivamente cuantitativos ni siquiera sociológicos. De qué tipo y qué calidad de educación se imparte y de qué tipo y calidad debe impartirse, un tema que es pedagógico, científico-cultural y hasta político (ya que importa la conciliación entre la tendencia a universalizar indiscriminadamente la cultura y la necesidad de guardar los fueros, nivel, exigencias y capacidad creadora de la cultura misma). Hasta temas más menudos de organización: la concentración o multiplicación de liceos, por ejemplo, llevan en su trasfondo las mismas cuestiones y no es solución solicitar –presuntamente prestigiado por la “sociología” y como cualquier comisión de vecinos– su proliferación infinita. También son temas de carácter normativo, político cultural el de qué grado de intensidad debe poseer la enseñanza o el de qué tipo de nombres necesita el país, y en qué carreras (no solo “las liberales” que son las que Rama parece tener en vista). Otros, y fundamentales, pertenecen a la psicología pedagógica y social como los de qué grado de educación se asimila y qué actitud tiene el estudiante ante ella (lo que iluminaría el zarandeado tema de la deserción estudiantil no tan puramente económico como se supone).

El segundo ejemplo puede iniciarse en forma de pregunta: ¿es posible que la sociología invada los fueros de la comprensión histórica? ¿Es posible, por caso, dictaminar sociológicamente, como Rama lo preconiza (p. 328, 332), sobre las razones de la independencia nacional y optar entre los dilemas (tal vez falsos) de *estado tapón y estado soberano* y el otro de *singularidad o realidad social diferenciada* y sus respectivas negociaciones? Parecería el problema típico en lo que los distintos elementos de la contingencia histórica deberían ser abarcados por esa “comprensión” histórica en su forma más aventurada y más libre. Que en el ejemplo habría de contar (creemos nosotros) con los materiales de una comunidad socialmente indigente pero de resuelta voluntad autonómica (¿o será necesaria una encuesta póstuma?), pero también con el fondo histórico-ideológico de una época en el que el nacionalismo tendía a hacer de cada comunidad diferenciada una “nación” y, también (el cangrejo bajo la piedra), con la acción balcanizadora de los imperialismos que, en donde no pudieron dominar, trataron (y consiguieron) dividir. (Flagg Bemis registra con alivio, en su conocida obra, que los ingleses fracasaron en su intento de hacer de Texas *un Uruguay*).

Pero la heterogeneidad del “Ensayo” no es solo resultado de estas contaminaciones. Y si se revisa su material se ve, por ejemplo, que buena parte de él pertenece a la Historia social. Obsérvese, de paso, que esta veta parece la mejor de Rama y señala su más visible aptitud. Los numerosos desarrollos sobre la historia del movimiento sindical y los partidos obreros son, sin discusión, la parte más viva e interesante de la obra. Otros, como buen sector de los caps. X y XII, pertenecen a la historia legislativa y a la sistemática legal. Otros, a la Historia de las Ideas –en el sentido de Zea y Ardao–, como el excelente capítulo IX sobre “el cambio en el Uruguay” y en especial los reflejos que en el país tuvieron las revoluciones rusa y mexicana (p. 207-228). Algunos elementos se enfeudan en el pensamiento sociológico o, más precisamente, social (el dedicado a la sociología de José Pedro Varela). Otros, a la historia política partidaria, como las páginas dedicadas al 31 de Marzo (p. 339, etc.). Y otros, en fin, son elementos del recetario político-práctico, muy legítimo en sí pero inaceptable en su pretensión de valer como consecuencias de un planteo objetivo (y exhaustivo) de la realidad social. Rama reivindica con justicia la nota pragmática como característica de la investigación social (p. 22). Estamos de acuerdo y, aun un escéptico, puede aceptar que es mejor que ese ingrediente se confiese con franqueza y no, como a menudo se hace, se disfrace malamente. Pero hay pragmáticas y pragmáticas. Francisco Ayala, en unas notas sobre Gilberto Freyre, las señala en la obra del maestro brasileño pero observa que *tienden a desprenderse por sí solas y se imponen a la conciencia con tanto mayor vigor cuanto más estricto es el recato de quien las sugiere*. No parecen comunicadas en esta forma las listas, muy nutridas, de soluciones en materia rural (p. 319-322) y educacional (p. 295-296) que el libro contiene. Esto en general, pero cuando Rama reclama apodícticamente *una elevación considerable de los sueldos del personal docente* (p. 294) la perplejidad del lector sube de grado. Y es fatal que termine preguntándose de qué pragmatismo se trata.

## V

El promisor historiador social que es Rama tiene toda una historia sobre la que trabajar. Y la investigación sociológica del país espera una o dos generaciones de investigadores que la despejen. Porque la ciencia es cosa austera y, sobre todo, no es tarea de prisas. Y la impresión que al lector del “Ensayo” de Rama va ganando es que el azar, el relleno y el apuro han convocado buena parte de los materiales que la integran. Ya se señalaban sus vacíos. Pero, desde la designación nominativa desprolija (págs. 39, 74, 89, 92, 182, 369) y los gazapos sintácticos llegando hasta la anfibología (fin de las págs. 80 y 125), inhabituales en el correcto escritor que Rama es, otros elementos lo están apuntando. Lo apuntan también ciertas elecciones de materiales, en las que ese azar, o el caudal de textos ya disponibles, han usurpado el lugar de insoslayables temas ausentes. Porque Rama incluye capítulos enteros que nada tienen que ver con el libro, caso de su generalización sobre los “movimientos sociales” en la América latina en el siglo XIX (capítulo IV), agregando sus intervenciones en congresos, los comentarios bibliográficos que han provocado estos trabajos suyos o los que él ha dedicado a sus colegas (p. 297, 322, 365) y hasta una nota sobre la significación mundial del 1° de mayo (p. 135-139). Pero más azaroso resulta todavía que elija un pequeño segmento (1842-1852) para caracterizar todo nuestro pasado social, escogiendo de seguido a Varela (José P.) para

cubrir el tremendo vacío que corre del 52 a 1900 (aunque, señálase de paso que sustituye así el “desarrollo social” por el “pensamiento social”).

Todo libro de ideas, y más sobre materia tan candente como el país mismo, contiene afirmaciones discutibles, pero parecería que ese carácter de urgido que en el libro de Rama señalamos decide que el caudal de ellas sea más crecido de lo habitual. Desde pareceres menudos de carácter nacional: la ondulación del territorio impone la parcelación del habitat (p. 43) o los aumentos de salarios obligan a nuestras industrias a modernizarse (p. 409), hasta otros más ambiciosos, hay infinidad de cabos sueltos en el libro. Un buen ejemplo de los mayores podría ser la objeción que Rama plantea a la exclusión del racionalismo en que Ardao habría incurrido al trazar su cuadro de las vigencias filosóficas nacionales (en su *Filosofía en el Uruguay en el siglo XX*). La discusión no puede reiterarse aquí pero cabría aventurar que Rama confunde clamorosamente dos órdenes distintos: el de la vida práctica y el de la filosofía.

Como Rama es agudo todas esas cosas y otras tantas son los frutos inequívocos de la prisa. Hay, sin embargo, puntos menores que lo señalan mejor.

Desprolijidades, como la de la página 66, por ejemplo, en la que se divide un período 1842-1852 en *dos etapas (...) diferenciadas*: 1830-1842 y 1842-1853. O como la de sostener que Hudson (que nació en Buenos Aires) fue un viajero inglés en el Plata (p. 174, 382). O como la de decir que también lo fue, aunque alemán, Humboldt, que jamás anduvo por esas tierras (p. 382). O como la de afirmar que Carbajal Victorica fue contemporáneo de Serrato en el primer núcleo batllista (p. 161) siendo treinta años menor y de origen riverista. O como la de afirmar que la famosa carta de Sarmiento a López sobre el Montevideo del Sitio, y de 1846, fue *hecha después de la Guerra Grande* (p. 70). O como la de incurrir en correlaciones que fijan en 1910 la caída simultánea del militarismo y el positivismo (p. 125) que más parecen traspapeladas de la historia de México, pongamos el caso, que deducidas del país mismo.

## VI

El espectro que va del error pequeño hasta lo puramente polemizable es, en todos los casos, muy ancho. Dos afirmaciones primeras parecen más cercanas al primer extremo; más cercanas del último las restantes.

La de la que la Liga Federal sea, junto con la Federación Rural, la expresión gremial de las “seiscientas familias” poseedoras de la tierra (p. 306) parece chocar con un conocimiento mínimo del país y aun con el principio del “non bis in ídem” que, en los grupos de presión económica, es mucho más efectivo que en los partidos políticos. En una carta de MARCHA, aparecida en el día de su muerte, Rodolfo Fonseca la filiaba en *la microburguesía rural* y la expresión no es desafortunada. La afirmación de que el impuesto a la renta haya sido frenado en el presupuesto de 1956 por *las entidades gremiales de la burguesía* (p. 342-344) saltea el hecho decisivo que fue la resistencia doctrinaria del batllismo catorcista —que provocara la renuncia de Malet— el que lo bloqueó.

Más objetables son todavía ciertas significaciones y ciertos ensayos de significación de personas y movimientos del pasado.

Rama, por ejemplo, señala conexiones entre el grupo de los principistas y la gran propiedad territorial, apuntando su influencia decisiva en la formación de la Sociedad

(Asociación) Rural (p. 97-100). Observamos, sin embargo, que habría que ceñir estrictamente el núcleo de los auténticos principistas, porque identificarlo con toda la burguesía universitaria culta de Montevideo entre 1860 y 1890 es absolutamente erróneo. Esa clase culta no se filió enteramente en el liberalismo y algunas de sus figuras intelectuales más notorias: caso de Francisco Bauzá o de Aurelio Berro, profesaron un realismo político, al que les llevaba su formación tradicional, que importó una actitud muy distinta ante los acontecimientos históricos de aquel tiempo uruguayo. El mismo José Pedro Ramírez, tan notorio, adoptó ante hechos de política menuda (caso de una famosa elección presidencial), posturas que poco tienen que ver con “el principismo”. Es posible, sin embargo, deslindar un núcleo de hombres auténticamente “principistas”. Su retrato parece predestinado por una serie de esdrújulos: retóricos, enfáticos, teóricos. Ninguno de ellos sin embargo, para volver a Rama, actuó entre los propulsores de la Asociación Rural y estos: Juan Miguel Martínez, Croker, Heber, Artagaveytia, Reyles (padre), Castellanos y, especialmente, el muy importante Domingo Ordoñana aparecen consustanciados con el orden militar que las dictaduras afianzaron. Las finanzas de los principistas no están estudiadas, pero de sus biografías es posible deducir que fueron profesionales exitosos o periodistas o magistrados o diplomáticos, sin fortuna sólida. Y si esto puede ser discutible no lo es ya la afirmación de que los doctores gobernaron de 1851 a 1873 con la cooperación de caudillos y militares (p. 97). Salvo (tal vez) el período inicial de Giró, la inversa está mucho más cercana a lo cierto.

Dudas más vehementes plantea el capítulo sobre “la sociología (sic) de José P. Varela”. Aunque este desarrollo cumpla la función que ya señalábamos, puede parecer extraña la elección de esta personalidad para ejemplificar un pensamiento social (Rama prefiere llamarlo infladamente “sociología”). Media docena larga de escritores y políticos de la segunda mitad de nuestro siglo pasado: Andrés Lamas, Bernardo P. Berro, J. C. Gómez, Francisco Bauzá y Carlos María Ramírez (entre otros) presentan, rastreable en sus páginas a veces desordenadas, un pensamiento social más rico, coherente y maduro que el suyo. Hay más sociología que en Varela en cualquier novela de Eduardo Acevedo Díaz. Pero Varela, lo sabemos, goza de una devoción organizada y corporativa de la clase magisterial y la extensa bibliografía que el libro registra (p. 78) se filia casi toda en ella.

Ante esa lista, empero, Rama sostiene que el Varela sociólogo (social) nunca ha sido estudiado, y en eso erra pues en MARCHA (del 23-3-45, N° 275) ya el tema fue considerado. Allí se señalaba la intuición fundamental –y tal vez la única valiosa– del pensamiento social de Varela que es la de su concepción del orden jurídico-político como una superestructura de la realidad social. Fue una idea importante e influyente aunque era (también) la negación misma de la originalidad, estando contenida, como lo estaba, en Echeverría y en Alberdi, cuyo *Fragmento preliminar...* fija el punto de partida de todos esos temas, tan manoseados después.

Rama, sin embargo, pretende más y colaciona textos de este cariz (p. 109): *yo no quiero fomentar el sansculotismo: al contrario, quiero destruirlo... la gran misión de la escuela común es levantar el populacho al nivel del pueblo; es hacer de ese elemento de desorden y exterminio, un elemento de orden y progreso...* Con este pasaje, en el que no sería imposible ver un matiz oligárquico, el comentarista, a pesar de todo, concluye: *Obsérvase que Varela piensa a la escuela como un instrumento para terminar con las clases o por lo menos (con) y su antagonismo...* No se comprende bien por qué Rama quiere forzar la significación social de Varela (ni *Lord rojo*, ni *Graco*) (p. 87) sino

simplemente burgués bien nacido e intelectual liberal de su época sin conseguir citar otras cosas que pasajes llenos de los lugares comunes del liberalismo romántico (p. 83-84) de penosa ingenuidad o falsedad temeraria como aquel en que hace a “los doctores” responsables de la existencia de los execrables caudillos (p. 111). Mientras Rama intenta, sin mucho éxito destruir la especie de que Varela fuera un imitador del modelo yanqui (p. 80, 84) esta “tensión” de las significaciones, prescindiendo del contexto intelectual de la época, le lleva a ajustar a Varela con Feuerbach (p. 102) sobre un texto en el que aquel rechaza el utopismo de los ideólogos o a filiarlo (indirectamente) en Saint Simon (p. 93) por el uso de la palabra Progreso, lugar común identificable desde 1830. El mismo desenfoque del contexto es el que le hace asombrarse del *ambiente oligárquico* que reflejarían las opiniones de Carlos María Ramírez sobre las calidades de la aristocracia inglesa en el mérito de la victoria sobre Napoleón (p. 115), olvidando que esas ideas no son más que la versión apenas modificada del viejo adagio (por otra parte justo) que afirmaba que la lucha contra Bonaparte se había ganado en los campos de juego de Eton y Harrow.

Tampoco creemos justos algunos juicios y parentescos de las figuras mayores del 900. La inquietud social no falta en Rodó ni en Vaz Ferreira ni siquiera en Reyles, contra lo que Rama afirma (p. 125, 194-196); que llegaron a soluciones distintas a las que él propugna es otra cosa. También son arriesgadas las filiaciones de los hombres de esa época. Es muy dudoso que Batlle, sin anacronismo, pueda ser situado en una política keynesiana de pleno empleo (p. 145). Más dudoso todavía que Berdaieff, y otros en una larga lista (p. 191) que solo refleja los intereses de los últimos años de Reyles (y que Gervasio Guillot a título de tal recogiera), hayan tenido nada que ver en la formación de su ideología, vitalista-cientificista y enfeudada casi enteramente a las influencias decisivas de Nietzsche y Le Dantec.

## VII

Queda por señalar que una frecuente vaguedad terminológica afecta al “Ensayo” y esto es de lamentar, pues parece indudable que sin una adecuada nomenclatura de la dinámica social o de las clases el terreno en que se trabaje será siempre traicionero.

Cubrir, por ejemplo, bajo el término de “revolución” las guerras civiles uruguayas (p. 178-180), el reformismo de Batlle y los sueños palingenésicos de los primeros anarquistas (190-200), parece jugar con las palabras. Pero el hecho es más grave tratándose de una entidad tan omnipresente como las clases.

Porque, de acuerdo a un enfoque clasista de la dinámica social, Rama enjuicia casi todas las tensiones nacionales de acuerdo a la realidad, es la socio-económica, de la Clase. Como ya lo decíamos, sin embargo, la imprecisión con que el libro maneja la misma nomenclatura de ellas parece indicar que una minuciosa historia, y un deslinde terminológico preciso, debiera haber precedido todo otro estudio. Rama maneja en ocasiones un lenguaje de cierto matiz panfletario, usando simplemente (a la vez que dándole gran generalidad) los términos *proletarios* y *burgueses*. El elemento gaucho de las guerras de la independencia es así para él de *proletarios libres* (p. 48), lo que importa extender una categoría capitalista a un cuadro económico bastante previo a él. Igualmente se emplea el término “burgueses” cuando se explican todos nuestros partidos políticos como *partidos burgueses* o nuestras revoluciones (guerras civiles) como tales (p. 177-

179, 184, 198) o se sostiene que las *clases burguesas* rechazaron los proyectados tributos del presupuesto de 1956 (p. 341). Otras veces, consciente de que una matización más rigurosa es necesaria, distingue entre *burgueses* y *alta clase media* (p. 237-297). (lo que importa usar yuxtapositivamente un término más general y otro más especial); o habla de *Alta burguesía* (p. 177) o *gran burguesía* (p. 343) y *clases medias y bajas* (incluyendo en las últimas a los jubilados y pensionistas que suelen estar mucho más arriba) (p. 346) o de *pudientes obreros y empleados* o distinguiendo en la misma clase *burgueses, propietarios agrícolas* (no ganaderos) y *altos empleados* (p. 282).

Es obvio que cualquiera de estos términos puede ser empleado pero es obvio también que un mismo patrón denominativo aclararía mucho las cosas. Porque la explicación de ciertos hechos históricos, caso del 31 de marzo de 1933 (p. 336-338) o de nuestras guerras civiles provocadas (solo), según Rama, por nuestra *alta burguesía* (p. 177), sufre mucho con ello.

## VIII

En su debido lugar fue salteada deliberadamente una reserva ante la reiteración, escasamente necesaria, de ciertos desarrollos. Los más perceptibles son, sin duda, los que se refieren al Batllismo y al movimiento obrero y sus expresiones políticas. Si el primero ocupa buena parte de los capítulos VIII o IX con cierta lógica secuencia los últimos se reiteran (y a veces duplican) en los capítulos IV, VII, VIII, IX, X y XVI. Es difícil no opinar que toda esta suma de materiales, reunidos prolijamente por Rama en una labor de años, no hubieran lucido mejor en forma más trabada aunque su sitio sea, decíase, el de la historia social del país y en ningún modo su “sociología”.

Pero estas reiteraciones apuntan también una perspectiva a la que Rama es leal y en la que lo es hasta el uso (y el abuso) de términos cargados, como los de *reaccionario* y *progresista*, con todas las connotaciones prerracionales de la brega política. Desde la iniciación de su libro el autor engrana su propósito pragmático (o práctico) con la perspectiva de *las clases populares y la intelectualidad progresista* (p. 10) de las que con toda justicia aspira a señalar la *importante participación* en la vida nacional. Como no abundan los enfoques del país que subrayen la importancia creciente del proletariado industrial, la burocracia y la “intelligentsia” local, esta comprensión, generalmente apasionada de sus intereses, es un claro mérito del *Ensayo*.

Creemos que, sin embargo, esta posición ya es menos lógica cuando deja de ser una perspectiva y canjea su libertad de interpretación por una predestinada identificación de los intereses de estas clases con el Batllismo o con el Socialismo. Como los juicios que sobre el primero emite Rama no siempre distinguen entre lo que el Batllismo fue y lo que el Batllismo es, es posible ver en unas ocasiones una oscilación entre ambos y en otras una especie de secuencia que depositaría la tarea del primero en manos del segundo. Pero esto importa, además de saltar el influjo renovador del nacionalismo durante medio siglo, poner de lado el impacto histórico creciente del comunismo. Rama puede alegar, es claro, que en su acepción del Socialismo entran todas las variantes marxistas y no marxistas, pero igualmente embaraza a menudo el juicio del lector esta confusión entre el socialismo-partido y el socialismo movimiento universal casi innominado a la igualdad, la centralización económica y la dirección tecnocrática. Un sociólogo hispanoamericano (parecería) no debe trabajar en el desconocimiento de que en nuestro continente el

socialismo, en este sentido lato y ecuménico, ha actuado, mucho más que a través de los endebles partidos que se rotulan con él, a través de movimientos de masa de carácter nacionalista, antimperialista y pluriclasista (casos de México, Argentina, Guatemala, Bolivia y aun Brasil), guiados más frecuentemente por militares políticos (o caudillos) que por profesores o dirigentes sindicales.

Pero más importante aún es el hecho de que una perspectiva de estudio que enfoque la realidad nacional desde los intereses de la clase intelectual y el proletariado urbano no puede prescindir, a pesar de todo, de “ver” el país y de contar con todo lo que en el país no es “intelligentsia” ni proletariado (que es lo más). No sólo por las lagunas innegables (e inevitables) de toda Sociología nacional, Rama cae aquí en falta; también su identificación tácita entre “sociedad” y “proletariado”, entre “socialismo” y “social” colabora en ello. La repetición y ampliación de los elementos de la historia del movimiento social podrá, por caso, ser relevante en una historia social que esté atenta a la significación precursora de ciertos fenómenos pero en la construcción de un cuadro de fuerzas el sociólogo no puede ignorar que en 1880, por ejemplo, esos fenómenos nada decidían en la vida nacional. Esto es también, en buena parte, el fruto de aplicar categorías y planteos sociales del socialismo europeo, solo aplicables holgadamente a sociedades capitalistas maduras, una actitud en la que suelen incurrir (y aquí nos gustaría anotar las excepciones de José Luis Romero en la Argentina y de Vivian Trías en el Uruguay) casi todos los socialistas del Río de la Plata. Para extraer un ejemplo del *Ensayo* es muy discutible que en los países marginales la *descentralización* sea lo popular (p. 338) ya que, al debilitar la acción del Estado, franquea, lo mismo que la multiplicidad de partidos, todas las presiones de los grupos oligárquicos y más parece, en suma, un lema de los campeones de la “libre iniciativa” que una conquista popular.

Por eso, y aunque el libro se filie desde el principio en la *manifestación nacionalista* que el interés sociológico implica (p. 7), no es difícil señalar que falta en él ese mínimo de identificación empática, de familiaridad y comunicación, (en suma), con “lo nacional” que, (aun sin profesar la teoría existencial del conocimiento), debe reclamarse en todo planteo sociológico, tan cercano como éste, a su propia circunstancia. Sería la tercera condición a sumar a las dos que enuncia Rama (p. 355): *saber sociología –poco o mucho pero saber sociología–, tener cultura*. Creemos que esta ausencia de simpatía y de experiencia directa son las que deciden que toda la sociedad rural –y buena parte del país, en suma– esté vista con tan manifiesta aversión. Identificar la campaña con el latifundio antisocial y el país con el monopolio de la clase alta ganadera no es, por supuesto, el precepto que recomendamos, pero calificar toda la vida rural con un manojito de tonantes epítetos: *rutinaria, atrasada, jerarquizada e ignorante, feudal y retrógrada* (p. 301, 302, 310, 318, 319) no sólo es cerrarse a las múltiples calidades de nuestra colectividad y a las reales calidades de nuestros hombres. Es ignorar que esas calidades extrañas a la modernización capitalista si han sobrevivido en buena parte a ella es porque lo han merecido y porque el “progreso” no pudo barrerlas.

## IX

Siempre existirá en América (y en cualquier parte) quien adhiera a la máxima sarmentina de que las cosas hay que hacerlas, de cualquier manera, pero hay que hacerlas. Como es habitual, sin embargo, el tan transitado aforismo hurta una doble,

primaria y más radical posibilidad. Que es la condición de necesarias o superfluas que estas factibles cosas pueden tener. Ciertamente es que las cosas imprescindibles hay que hacerlas de cualquier manera y su misma calidad de tales coloca su factibilidad entre las notas de su esencia misma. Pero la *Sociología Uruguaya*, con perdón de muchos, está inexorablemente (y por hoy) en la otra categoría. Porque una cosa es la fecundidad del enfoque sociológico y una es aun la urgencia de pensar objetiva y ambiciosamente sobre la colectividad a que se pertenece y otra, muy otra, una Sociología Nacional que sea algo más que una colección poco conexa, y siempre deficitaria, de cortes heterogéneos. Aquel enfoque de que hablamos lo han practicado, con éxito y con cautela, en América o en Europa, Siegfried y Brogan, Marías y Ramos, Freyre y Martínez Estrada. Desde sus ángulos de ataque sociológico nunca quisieron, sin embargo, llegar a una “sociología” de las naciones que estudian. Pues resultaría, según sus ejemplos, que los “investigadores de campo” estuvieran bien en su campo pero que es en las formas más libres de la ensayística (de sesgo existencial o antropológico) que el siempre vivo, siempre acuciante tema de “las naciones” ha de seguir importando.

*Carlos Real de Azúa*